

Quién es quién ante la «derecha» y la «izquierda»

Pablo López López

Filósofo.

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. La cuestión

No ha habido ni hay gente de «izquierda» o «derecha», pues tales términos han sido y son demasiado confusos y contradictorios en la teoría y en la práctica (cf. nuestro artículo *¿«Izquierda» o «derecha» por obligación?*, en ACONTECIMIENTO, nº 36). En cambio, sí hay personas que se dicen de «derechas», de «izquierdas», de «centro» o que se excluyen de tales denominaciones. Tales grupos no son homogéneos, pero cabe buscar *sus respectivos motivos*. En todo caso, la cuestión no es «qué es la derecha y la izquierda», sino *por qué hay alguna gente que gusta decirse de «derecha» o de «izquierda»*. Este grupo de personas que, pese a su proclamadísima diferencia «derecha-izquierda» se basa en unos principios ideológicos y psicológicos comunes, está menguando con la época histórica que lo vio nacer. También es significativo *por qué decrece*.

2. Los grupos en torno al binomio «izquierda-derecha»

Ante todo hay dos grandes grupos de personas: (1) el de *los que insisten en el binomio «derecha-izquierda»*, con la variante ocasional de «centro» y las eventuales precisiones de «extrema derecha» o «extrema izquierda»; (2) y el de *los que no se identifican ni identifican a otros con tal binomio*, aunque circunstancialmente por influjo del otro grupo, en general de mayor verbosidad y belicosidad, puedan emplear dichos términos u otros similares como «conservador» y «progresista», «socialista» y «liberal».

Dentro del primer grupo ha de distinguirse: el sector de *los realmente convencidos* de las su-

puestas peculiaridades de la «derecha» y de la «izquierda», lo cual no implica claridad y coherencia de ideas; y el sector de *los que, movidos por un genérico espíritu militante, se ven arrastrados por dichos encasillamientos* al intentar comprometerse en una organización o corriente compacta y que suene. Para éstos últimos el resultado es que en lugar de estar luchando contra unas injusticias reales, ellos se agotan en luchar contra el grupo considerado enemigo, dentro del cual hay muchas personas con las que podrían entenderse y colaborar. Ciertamente hay posiciones irreconciliables y muchos problemas obedecen a unos culpables a los que hay que enfrentarse, pero en tantas ocasiones el encasillamiento «derecha-izquierda» genera disputas y conflictos artificiales y falsos que agravan los problemas. No olvidemos que entre los del primer sector ya aludido de «convencidos» de la «derecha-izquierda», se encuentran *los interesados en mantener la cizaña y el conflicto* para así perpetuarse en sus cargos de agitadores y representantes.

El segundo grupo tampoco es homogéneo. Los hay simplemente *indiferentes o escépticos* hacia la política en general, de manera que no se identifican con ideario político alguno, llámesse de «izquierda», de «derecha», de «arriba» o de «abajo». Obsérvese que también podríamos completar el análisis del anterior grupo, el de los «derechistas-izquierdistas», señalando un nutrido grupo de indiferentes o indolentes, de acomodados en la inactividad de sus trincheras. Son los que ni están realmente convencidos del binomio, por intereses o por cierta argumentación, ni han sido arrastrados por sacar

¿Es usted de derechas o de izquierdas?

adelante una militancia en una corriente de renombre. Ellos han sido «de toda la vida» de «derechas» o de «izquierdas» y ahora no van a perder el pedigrí, aunque eso no signifique nada en sus ideas, en sus vidas ni en sus compromisos. Los indiferentes son legión tanto entre los «filobinómicos» como entre los «abinómicos». Sin embargo, el segundo grupo, el de los que no se sujetan al binomio «derecha-izquierda», albergan asimismo a quienes de una u otra forma militan denodadamente y van construyendo su ideario en diálogo con todos. Ellos asumen unos compromisos asociativos y unos calificativos de su ideario con tal de que posean un mínimo de consistencia y claridad, rebasando así el simplismo y la beligerancia por principio.

3. Los motivos ideológicos y psicológicos del binomio

Descritos genéricamente los grupos y subgrupos surgidos en torno al hecho de decirse o no de «derecha» o de «izquierda», retomemos la cuestión clave del principio: por qué hay alguna gente que gusta decirse y calificar a unos y otros como de «derecha» o de «izquierda». Ya hemos advertido entre los aficionados al binomio los amplios sectores de indiferentes o meros tradicionalistas de la nomenclatura, de militantes de buena fe, arrastrados por tales alianzas, y de condotieros interesados en crear bronca (éstos son los profesionales del binomio). Pero al menos quedan unos motivos específicos de orden ideológico y de orden psicológico que muestran cómo constituyen un grupo con una fundamental unidad, los que entre sí agitan sus banderas para atacarse en función de las llamadas «derecha» e «izquierda».

Por confusa que sea su doctrina, es sabido que históricamente el binomio empieza a usarse en la Revolución Francesa, dentro, por tanto, de una ideología iluminista. Por su parte, marxismo y liberalismo económico, por más que se contraríen, tienen su origen común en la Ilustración y su mito del progreso prometeico y mecánico. Marx procede principalmente de Hegel, de cuya dialéctica realiza una inversión materialista. Hegel, a su vez, lleva hasta las últi-

mas consecuencias el racionalismo incoherente del ilustrado Kant. La doctrina del liberalismo económico o capitalismo moderno procede en sus bases del empirismo de cuño ilustrado británico. Marxismo y liberalismo económico, como tendencias más señeras de lo que se ha ido llamando respectivamente «izquierda» y «derecha», están empapadas, por un lado, de contractualismo, no surgido en la Ilustración, pero muy refrendado en la misma, y que comporta la mera democracia formal o «liberalismo político» que nos coarta, y, por otro lado, de maquiavelismo. La astucia de la Razón y la astucia del Mercado maquiavélicamente lo resolverían todo sin miramientos por las muchas víctimas que se agolpaban en las cunetas del Progreso. Unos y otros conciben la vida como lucha sin cuartel, lucha de clases o lucha de mercados, de las que sólo el «superhombre» saldría victorioso sobre las cenizas de sus derrotados. La «autonomía de la razón» de la Ilustración se expresa con su máxima nitidez en la «voluntad de poder» de Nietzsche. Lo que caracteriza el iluminismo del que procede el binomio, es no sólo la exaltación de la lucha, de la guerra, sino también la inmisericordia. La persona humana como tal no cuenta. Cuenta el sistema, el partido, el futuro colectivo, si eres de éstos o de los otros, de «derecha» o de «izquierda». El fin justifica cualquier medio. Todo ello ha desembocado en una crasa actitud antinatalista, hedonista y utilitarista ante la vida humana, que no vale por sí misma, sino en cuanto rinda.

En el orden psicológico las notas dominantes son el maniqueísmo y la autosuficiencia prometeica conexa. Se ve la vida con el simplismo de una vieja película de buenos muy buenos, los del propio grupo, y malos muy malos, los otros. A éstos hay que eliminar, porque, además, no sirven para nada, ya que «los buenos» se bastan a sí mismos.

4. Disminución y resistencia de los adeptos al binomio

Ahora, pese a lo atractivo del simplismo mental y del narcisismo emocional, ¿por qué disminuye el número de adeptos al binomio? Un triste

motivo es el aumento de *la indiferencia política*, que el mismo binomio ha fomentado. La gente se cansa de tanto aspaviento emocional carente de contenido y de soluciones. Algunos incautos incluso se dejan engatusar por el sofisma del «fin de la historia», tendencioso a favor del neoliberalismo y de la democracia formal. Pero otro factor precisamente es que muchas personas terminan *dándose cuenta de la futilidad del esquema*. Quienes de éstos suman ya numerosas primaveras, suelen aferrarse emotivamente a un *pasado idealizado* en el que aquella «derecha» o aquella «izquierda» no era como la de ahora, traidora y mezquina. Sin embargo, ese antes, amén de exageradamente idealizado, no se sitúa a partir de una fecha mínimamente precisa. Se confunden algunos buenos recuerdos de juventud, en la que en verdad pudo haber idealismo y utopía, con una supuesta coherencia y solidez de ideas que nunca acabó de cuajar. Al maniqueísmo consabido añaden el de la buena y la mala «izquierda» o el de la buena o mala «derecha». Lo cierto es que bajo uno y otro estandarte se ha generado y se genera mucha *violencia*, aunque se proclamen algunos altos valores con cierta terminología y tópicos que han acabado sonando a «izquierda» o a «derecha». Algo distinto es que a la sombra de estos estandartes de violencia hayan militado de buena fe personas muy buenas y entregadas. Muchos de los que aún defienden un supuesto pasado glorioso de «su izquierda» o de «su derecha», confunden la defensa de la memoria de tales personas buenas con la del estandarte bajo el que se colocaron.

En todo caso, lo que ha civilizado a los «izquierdistas» y a los «derechistas» más convencidos y radicales, es *la democracia*, cuyo difícil parto se va realizando a pesar de unos y otros que la dicen defender. Si por ellos fuera, la anegarían en una de sus más características creaciones: *la partitocracia*. Con un alineamiento de partidos políticos enfrentados a muerte por el poder en la Revolución Francesa nació el binomio «derecha-izquierda». Pues bien, este origen histórico tan preciso y tan reciente debiera recordar a los «izquierdistas» y «derechistas» más empedernidos que al menos tales califica-

tivos *no son atributos eternos de la naturaleza humana*, como la división en sexos. Para ellos la persona «es» de «derechas» o de «izquierdas» y no soportan que alguien no se encuadre bajo una de las dos denominaciones políticas. Desde ahí *invaden* con el binomio todos los campos de la vida social, cultural y espiritual. En todo, hasta en la Iglesia, se ha de ser de «derechas» o de «izquierdas». Reescriben rápida y anacrónicamente la historia y nos enteramos de que don Pelayo y los Reyes Católicos eran de «derechas» y Jesucristo un hippy de «izquierdas». Sería para reírse, si no fuera por las deletéreas consecuencias que este pensamiento conlleva. De cualquier forma, por todo lo razonado resulta *una impostura intelectual* el seguir girando en torno a la «derecha-izquierda», eje que los mismos intelectuales supuestamente «izquierdistas» o «derechistas» casi nunca se atreven a definir con un mínimo detenimiento por la cuenta que les tiene. El binomio sólo es humanamente comprensible desde *la agitación política*, en la que han cabido tanto la ingenua buena voluntad como la manipulación más descarada.

5. Los pobres, víctimas del binomio

Mas por encima de todo se ha de aclarar que *jalear estos encasillamientos no es hacer ningún favor a los pobres*. Antes al contrario, es jugar con ellos como con una entelequia abstracta a la que se dice defender, cuando lo que de veras importa desde un principio, es el propio sistema y facción y el poder sobre los otros. Los pobres siempre son las víctimas de las guerras frías y calientes de los tendenciosos. Para ser de los pobres y para los pobres falta a las categorías «derecha» e «izquierda» la misericordia, concepto que en ambas parece ajenísimos, una intromisión paternalista de la teología de estirpe abrahámica. Y, si de hecho hay personas que diciéndose de «izquierdas», de «derechas» o de ninguna de las dos, se dedican ejemplarmente a los pobres, es porque la persona siempre puede superar los márgenes de los encasillamientos verbales y de las estructuras partidistas, y porque *para nada es necesario llamarse de*

«derechas» o de «izquierdas» para optar por los pobres. Más bien suele ser un estorbo. De ahí que constituya el colmo de los despropósitos el identificar exclusiva y maniqueamente la «izquierda» o la «derecha» con la defensa de los pobres y con la ética. Ni lógica ni empíricamente se sostiene tal aserto, que además manifiesta falta de autocrítica y de respeto a los méritos y posibilidades del otro. *Nadie es quien para anticipar el Juicio Final.* Pero, aun reconociendo ciertas debilidades del binomio, hay quien *supersticiosamente* se acalora al pensar que, si no se proclama la pertenencia a uno de los dos términos, se pierden las esencias, los ideales y el espíritu de revolución. Mas no es así. Insistamos en que nadie nos anticipará el Juicio Universal, con las ovejas a un lado y los cabritos al otro.

6. El personalista ante el binomio

Tras analizar en breve lo que impulsa a unos y otros a situarse ante los calificativos «derechista» e «izquierdista», deteniéndonos especialmente en los motivos ideológicos y psicológicos de quienes se consideran como tales, preguntémoslos cómo se sitúa el personalista ante los conceptos «derecha» e «izquierda». Un hecho es que numerosos personalistas han sido y son de esos militantes de los que decíamos que en cierta medida *se han dejado arrastrar por una de las dos facciones terminológicas* o bien *han sido clasificados abusivamente y sin su aceptación en uno de los dos polos*. Por ejemplo, Mounier abogó por un «socialismo» humanista y dialogó especialmente con los comunistas. Por ello es visto como «izquierdista». Maritain, en cambio, suele ser declarado como de «derechas». Ambos estaban muy por encima de tales enconsetamientos y sabían guardar las correspondientes distancias ante todas las ideologías pujantes del momento y que no respetaban a la persona. Pero la sinrazón de otros personalistas es la de *querer seguir identificándose con uno de los dos términos genéricos de la dicotomía, «derecha» o «izquierda», sin poder concretar en alguno de los grupos ideológicos que dicen componer cada uno de los dos términos.* Así, los personalistas que di-

cen ser «izquierdistas» no pueden ver en ninguna variante ni el considerado «socialismo real» ni la «socialdemocracia», tendencias que han sumado la práctica totalidad de los «izquierdistas». Algunas formas de anarquismos han recogido adhesiones de personalistas sin que esto haya tenido un efecto aglutinador de los personalistas. En conjunto estos personalistas querían algo así como encontrarse en un país sin pisar en ninguna de sus regiones. A lo más, se apela a un limbo decimonónico, no obstante los extremismos ideológicos de la época.

Otra escapatoria en el aferramiento a este atavismo consiste en despistar con un inicial reconocimiento rotundo de que la dicotomía es inasumible por el personalismo y de que, en todo caso, no es relevante hablar de «derecha» o de «izquierda», para, acto seguido y de repente, pasar a consagrar un término de la dicotomía como irrenunciable y necesario en la identidad personalista. El único motivo propuesto para intentar salvar esta flagrante contradicción es que la dualidad fue causada en la Revolución Francesa por la existencia de pobres, realidad que hoy ha empeorado. Pero, por favor, lo que propiamente en la Francia revolucionaria se origina no es ese dualismo terminológico, sino una pugna real, en buena parte ocasionada por un recrudecimiento de la pobreza. El dualismo nominal «derecha-izquierda» fue un subproducto sin mayor transcendencia en la misma dinámica histórica de la Revolución. Y, por supuesto, pobres más pobres que en la Revolución gala ya hubo antes de ésta, y no por ello se aplicó tal esquema. *No hay ninguna relación esencial entre la Revolución Francesa y el binomio, sino muy circunstancial, y aun menos entre la lucha por los pobres y el binomio.* Si esto no se quiere aceptar, resultará que el noventa y nueve por ciento de los «izquierdistas» son unos «traidores», porque o son del «socialismo real» o de la «socialdemocracia». Tal actitud no olería a vanguardia utópica, sino a secta.

Ahora bien, afortunadamente también hay cada vez más personalistas que *se liberan de tales servilismos terminológicos*. Saben que ni la persona ni la defensa de su dignidad «son» de «dere-

chas» o de «izquierdas». No reducen la universalidad y la riqueza de la persona humana ni a un racionalismo germánico ni a un empirismo anglosajón, inválidos hasta para germanos y anglosajones. No se apabullan por la arrogante propaganda de la élite iluminista de que quien no acepte el iluminismo, queda excluido de la ciencia, el progreso y la modernidad. Comparten algunas realizaciones prácticas, algunas consignas y análisis y ciertos adversarios comunes, pero no se identifican con el fondo prometeico y soberbio del iluminismo. Y por descontento toman claramente partido por una revolución simultánea de corazones y de estructuras político-económicas en favor de los pobres, pero no condescienden con ningún baile de máscaras.

7. Libertad en el Instituto Mounier ante el binomio

En el hispánico Instituto Mounier no vivamos aún, como tantos otros, dentro de la órbita del postfranquismo, alineándonos todavía en función del adversario «derechista» del pasado régimen. Si queremos nadar *contra corriente*, no

adoptemos los mismos santos y señas que los gobernantes o los futuros gobernantes de nuestro país. Mas, antes que nada, *no impongamos* un calificativo como el de «izquierda» a todos los militantes y simpatizantes del Instituto. No sólo porque sin hacer cuestión de ello son muchos los que no se empeñan ni se identifican desde tal dicotomía, sino por *un respeto básico a la libertad de conciencia en una cuestión terminológica que para nada exige el personalismo*. No somos un partido político y, aun si lo fuéramos, tendríamos que demostrar mayor inteligencia y autenticidad. Si unos cuantos a título individual no se resisten a presentarse como «izquierdistas», allá ellos. Pero nadie tiene derecho, ni con votos ni sin votos, a imponerlo a otros.

Sea como fuere, en el Instituto Mounier los que están teniendo ganas de trabajar, más allá de calificativos, colorantes y discusiones, siguen trabajando y construyendo en la sociedad el personalismo, respeto global y prioritario por la dignidad de la persona. La persona humana, si es *misericordiosa*, está muy por encima de sus propios enclaustramientos mentales, y de las propias y ajenas miserias. ■